

Emilia, Borriquita...

(CARTAS QUE NO ESCRIBIÓ GALDÓS)



Primera edición en REINO DE CORDELIA, septiembre de 2021

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodcordelia.es

  @reinodcordelia  facebook.com/reinodcordelia

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

C/Agustín de Betancourt, 25 - 5º pta. 24

28003 Madrid

 El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

© José Ramón Fernández, 2021

c/o DOSPASSOS Agencia Literaria

Ilustraciones de cubiertas e interiores: © Gala Fernández Montero, 2021



**Comunidad
de Madrid**

**Esta obra ha recibido una ayuda
a la edición de la Comunidad de Madrid**

IBIC: FA

ISBN: 978-84-18141-66-9

Depósito legal: M-21351-2021

Diseño y maquetación: Jesús Egado

Corrección de pruebas: María Robledano

Imprime: Técnica Digital Press

Impreso en la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Emilia, Borriquita...

(CARTAS QUE NO ESCRIBIÓ GALDÓS)

José Ramón Fernández

Ilustraciones de Gala Fernández Montero





Índice

<i>A modo de prólogo</i>	9
EMLIA, BORRIQUITA...	
(Cartas que no escribió Galdós)	13
1883	13
1884	21
1885	27
1886	35
1887	47
1888	65
1889	79
1890	125
1891	145
1918	153
1920	157
<i>No sé si son necesarias unas notas...</i>	163



A modo de prólogo

EN ENERO DE 2020, el director de escena Juan Carlos Pérez de la Fuente me llamó para proponerme un proyecto: los actores José María Pou y Luisa Martín encarnarían a Benito Pérez Galdós y Emilia Pardo Bazán en una lectura de sus cartas cruzadas. La vida ofrece esas coincidencias: esa posibilidad de reconstruir aquella correspondencia andaba por mi cabeza desde que conocí las cartas de la Pardo Bazán en mi época de estudiante, gracias al libro de Carmen Bravo, y de hecho era algo que había sugerido a otras personas. Sinceramente, si no lo hubiera recibido como un encargo, creo que jamás me habría planteado llevar a cabo esa tarea *motu proprio*: me parecía un trabajo muy difícil. Así que lo primero que quiero hacer es agradecer el empujón.

Benito Pérez Galdós y Emilia Pardo Bazán empezaron a escribirse en 1883. Fueron amigos, fueron amantes, fueron amigos..., su relación epistolar puede seguirse, a través de casi un centenar de cartas escritas por Emilia, hasta al menos 1915. Si

de ella se conserva casi un centenar, de él solo se conserva una. En el año del centenario de la muerte del escritor, se ha especulado sobre la posibilidad de que esas cartas no se perdieran, que podrían aún, en cualquier momento, salir a la luz. Puedo asegurarle que no son estas que tiene usted en sus manos.

La tarea que se me encargó consistía en adaptar las cartas escritas por doña Emilia y escribir las cartas perdidas por don Benito. Se trata, claro, de una ficción. Nadie sabe nunca lo que pasa entre dos personas en una habitación, salvo esas dos personas. Por más que todo lo que he escrito está muy documentado —ese aspecto de la escritura es, para mí, casi una enfermedad—, estamos hablando de una obra de ficción. En ella he querido reflejar la amistad de muchos años de estos dos gigantes de nuestra Literatura, además de la relación amorosa que ha llamado la atención de algunos medios de comunicación sobre estas cartas.

Me puse a ello. Se trataría de una lectura pública el 11 de mayo, dentro de los actos que recordaban el centenario de la muerte del novelista. Y en esto llegó la pandemia del COVID-19, se vinieron abajo todos los proyectos, algunos hasta que todo pasase, otros para siempre. Seguí avanzando en el trabajo y en verano lo dejé reposar. Todo parecía indicar que el proyecto quedaba cancelado. A esas alturas, tenía ya escrita una larga correspondencia, que debería recortarse bastante para una lectura pública, pero que en ese momento pensé que tal vez pudiera ver la luz en toda su extensión en una edición impresa. Con esa idea le envié el borrador a Palmira Márquez. Su respuesta inme-

diata y entusiasta fue la primera gran alegría que me dio este texto. La siguiente fue el interés de Reino de Cordelia.

El proyecto de lectura dramatizada se volvió a poner en marcha en octubre y cristalizó en la tarde del 24 de noviembre, en el Teatro Fernando de Rojas del Círculo de Bellas Artes con el título *Amado compañero, dulce vidiña*. Pérez de la Fuente contó con dos actores extraordinarios, José María Pou y Gloria Muñoz. Lo que leyeron al público (un aforo muy reducido y con mascarillas, todo un acto de resistencia) fue apenas una cuarta parte de lo que habían leído Palmira y el editor Jesús Egido. Así es el teatro, hay que contarle todo en apenas diez mil palabras.

Ofrezco aquí, sin las ataduras que impone el escenario, la parte de ficción de aquel trabajo: las cartas de Galdós que inventé (salvo la primera, que es auténtica), tratando de meterme en sus zapatos, más una carta inicial de Emilia y un discurso final que nunca pronunció, basado en unas cuartillas que envié a un homenaje.

Obviamente, no se publican las cartas de ella, porque ya están publicadas. Permita, lector, que este libro haga algo raro: publicidad de la competencia. Las cartas de doña Emilia Pardo Bazán las puede encontrar usted en un libro publicado en 2020 por la editorial Turner, titulado *Miquiño mío. Cartas a Galdós*. Creo que podría ser un juego interesante leer estos dos libros a la vez.

Qué he hecho: he cogido las biografías de don Benito escritas por Yolanda Arencibia y por Pedro Ortiz Armengol; la bio-

grafía de doña Emilia escrita por Isabel Burdiel; las cartas de doña Emilia a su amigo editadas recientemente por Isabel Parreño y Juan Manuel Hernández, entre las que están las que publicó en mis tiempos de universidad Carmen Bravo Villasante; la correspondencia de don Benito editada por Alan E. Smith, María Ángeles Rodríguez Sánchez y Laurie Lomask; y un buen puñado de novelas, obras de teatro y artículos de los dos escritores; he metido todo eso en un arcón donde guardo ajos y otras cosas durante unos meses; y al abrir el arcón, al cabo de ese tiempo, me he encontrado con la obra que tiene, lector, ante sus ojos. Es un método infalible inventado por don Benito, como ya saben sus lectores.

Que disfrute usted de esta historia de amor y amistad entre dos personas extraordinarias a través de palabras que nunca se escribieron. Y que podamos volver a abrazar a las personas que queremos.

JOSÉ RAMÓN FERNÁNDEZ

Febrero de 2021

1883



22 DE MARZO DE 1883

TELEGRAMA

CON EL MAYOR INTERÉS, manifiesto mi adhesión al homenaje que será ofrecido en Madrid el próximo 26 de marzo al insigne escritor don Benito Pérez Galdós, maestro para las nuevas generaciones, que ha dado a la novela española un lugar de privilegio entre las mejores literaturas de Europa.

EMILIA PARDO BAZÁN

5 DE ABRIL DE 1883

SEÑORA DOÑA Emilia Pardo Bazán.

Señora y distinguida amiga: hace tiempo que pensaba escribir a usted felicitándola por los admirables artículos de *La cuestión palpitante*, en los cuales, adelantándose usted a

los críticos más perspicaces, ha dicho cosas tan verdaderas, hermosas y oportunas, en un estilo que seguramente podrían envidiar a usted los que con más empeño han cultivado la dicción castellana. De no haber cumplido aquel deseo tienen la culpa mis muchas ocupaciones y quehaceres de todas clases, de que todavía no puedo verme libre.

Ahora, con motivo del telegrama que tuvo usted la bondad de dirigir a los organizadores de la fiesta del 26 de marzo, no puedo de ningún modo aplazar esta carta, cuyo principal objeto es dar a usted gracias mil por su felicitación. La adhesión de una dama y un escritor como usted dan a aquel acto un realce que quizás de otro modo no tendrá.

Soy de los primeros y más vehementes admiradores de sus escritos. Reiterando las expresiones de su gratitud es de usted servidor y amigo,

Que besa sus pies

BENITO PÉREZ GALDÓS
Plaza de Colón, 2, 3º, Madrid

MADRID, 9 DE ABRIL 1883

MI QUERIDA AMIGA:

Claro que he leído esos artículos tan valiosos de *La cuestión palpitante*, y entre ellos el que publicó usted el pasado día 3 en *La Época*. Me gustó mucho eso que dice de mi amigo Pere-

da, eso de que «tiene el realismo en la masa de la sangre». Me parece que no se puede expresar mejor. Y claro que leí, con cierto rubor, todo eso del fondo humano y la sencillez magistral, por no hablar de la natural tendencia de claro entendimiento hacia la verdad, referido todo ello a mi persona en una muestra, creo, de excesiva generosidad. Claro que leí eso de «Entonces como hoy, Galdós era para mí novelista de primer orden, sol del firmamento literario, porque en él se reúnen dotes de equilibrio y armonía, abundancia y vigor» etcétera, etcétera. Y, para rematarlo, me mete usted en el mismo saco que a Shakespeare, Balzac y Walter Scott. Las lenguas viperinas van a pensar que usted y yo tenemos algo. Así que, para dar algo de que hablar, al menos deberíamos conocernos en persona. Debo decirle que yo aprecio mucho todo lo que he leído de usted.

Yo creo que si he tenido el favor del público no es por el mérito de lo que escribo, que es bien escaso, sino porque al hacer novelas he levantado la bandera de la realidad enfrente de un idealismo estragado y lleno de afeites. Por ese camino seguiré, hasta ver adónde llego.

Respecto del homenaje, la cosa resultó tan grande que casi no he vuelto de mi espanto, y no puedo pintarle a usted la confusión, el regocijo, la gratitud, la tontera, la vergüenza, el entusiasmo y el terror que yo sentía aquella noche.

Si es verdad lo que me han contado, y es usted de las personas que se encuentran a gusto entre mucha gente, podría haber disfrutado de lo que organizaron los jóvenes del Bilis

Club. La idea parece que fue de Eugenio Sellés, seguro que usted conoce su obra *El nudo gordiano*, que tuvo muchísimo éxito hace cosa de cinco años. También están Armando Palacio Valdés, José Ortega y un joven amigo mío, Leopoldo Alas. En una noche de esas en que se reúnen en la cervecería escocesa de la calle Príncipe, no se les ocurrió otra broma más pesada que hacerme a mí un homenaje. Aunque, si se piensa, mejor un homenaje que una crítica. Ya habrá leído usted cómo se las gasta mi amigo Leopoldo en esos artículos que firma como Clarín. No he conocido críticos más feroces.

Le confesaré que estuve a punto de huir. Me fui a Toledo unos días antes, con la intención de mandar una carta a última hora diciendo que no podía volver a tiempo y que excusaran mi presencia. Pero los del Bilis Club se enteraron no sé cómo y fueron a Toledo a buscarme. Así que allí estaba yo, en el círculo Ayala, rodeado de doscientas personas amigas, sin posibilidad de escapar.

Estuvo bien que no me dejaran escapar, porque así vi a amigos muy queridos, como Pepe Echeagaray, mi buen amigo, que está siempre liado entre el teatro y los ministerios. Echeagaray estuvo admirable. Grande y modesto, como siempre.

La verdad es que no sé si Cánovas vino al final, porque estaba enfermo, o porque tenía qué hacer, o porque supo evitar con mucha habilidad el compromiso de cenar con Sagasta y yo a su lado. Estas cenas de compromiso, en las que se habla y no se come, o se come a escape, porque no paran de pasar platos por delante de uno... Yo en estos casos no llego a probar

bocado. Y hay que decir que se esforzaron en el banquete y en la variedad de las tierras de España: ostras de Galicia, jamón de Trevélez, aceitunas de Córdoba, embutidos de Mallorca, anchoas de Málaga, pavipollos de Navarra... y el cocinero tuvo un detalle especial: rebanadas de vaca, estilo de *Doña Perfecta*.

Fui muy feliz esa noche y no tanto por los manjares y los regalos y los telegramas y los discursos. Fui muy feliz porque me acompañaron muy buenos amigos y porque no tuve que hablar. Le haré una confesión, mi querida amiga: odio hablar en público. Tuve la ocurrencia de escribir unas líneas y que las leyese el señor Ramos Calderón. Con la excusa de que temía no ser bien oído ante tan numerosa concurrencia, por lo escaso de mi voz y por la natural emoción que no puede menos que embargarme a la hora de dirigir la palabra a tan importante público. Por esta vez me ha valido el truco, aunque no sé si en Madrid lo podré repetir.

Habló Castelar, claro; y estuvo como siempre, sublime. Una cosa dijo que ojalá escuchase la gente. «No olvidemos esta fiesta porque no tenemos la costumbre de admirar el mérito ajeno. No tenemos esa virtud y tenemos el vicio de la envidia que nos hace lanzar sobre los grandes hombres los vientos de la difamación y la calumnia». La verdad es que en España, que le hagan a uno un homenaje sin haberse muerto, es un hecho extraordinario.

La presencia de Cánovas en el acto ha sido de una importancia inmensa. No tiene usted idea del apabullo, de la con-

fusión de los tales con la presencia del monstruo. Yo no esperaba que Cánovas fuera. Llegó cuando ya estaban hablando, entre la niebla de los cigarros, que le hicieron toser a base de bien. Improvisó un discurso. Y Cánovas gana cuando improvisa. Dejó una de esas frases que gustan: «Igual que no hay literatura sin patria, no hay patria sin literatura». Menuda responsabilidad, amiga mía: este país necesita nuestros libros, según don Antonio.

Tenga la bondad de avisarme cuando esté usted en Madrid y pueda hacerle una visita este fiel admirador de sus escritos.

Que besa sus pies

BENITO PÉREZ GALDÓS

1884



ABRIL DE 1884

MI QUERIDA AMIGA:

Me alegró mucho tener noticias de usted, después de tanto tiempo. Los días vuelan y sin darnos cuenta ha pasado un año del homenaje aquel que sirvió de empujón para que yo le escribiera unas letras de agradecimiento.

Me alegró mucho, además, que esas noticias que recibía de usted fuesen nada menos que un ejemplar de su libro.

Por fin tuve tiempo de pausa para leer —tengo que confesarle que soy lento en casi todo y en leer más; y además necesito casi más silencio y tranquilidad para leer que para escribir, es algo raro—. Y he podido dedicar unas noches a disfrutar de su *Tribuna*. Le diré que he sentido a esa cigarrera, su protagonista, como a una persona real, que me ha parecido estar viendo ante mí, en mi cuarto, a alguna de esas mujeres bravas que trabajan en la vieja fábrica de tabacos de la calle de Embajadores, que se paran a hablar, alegres, al salir del

trabajo, en la esquina de la calle, en el mismo lugar que hace unos años estaba el portillo. Camino mucho por Madrid, y esta del tabaco es mi costumbre más vieja, junto con otros dos vicios peores que son dibujar y leer. Así que, por supuesto, no ha habido una sola página que no haya leído con un buen tabaco acompañando sus palabras. Doble placer.

Me ha admirado la meticulosidad con que describe usted lugares y acciones. Impresiona la exactitud con que cuenta cómo se hace un cigarro. Usted ya sabe que yo nací en Las Palmas de Gran Canaria y que viví allí hasta ser ya un mozo. Además, muchos lazos unen a mi familia con la isla de Cuba. Eso que cuenta usted lo he visto hacer muchas veces.

Para que no piense usted que todo son flores y que esta carta es pura adulación, le haré una pequeña crítica que creo innecesaria, porque cuando uno escribe se da cuenta de lo que ha hecho. Si no al día siguiente de dar por terminada la obra, sí al cabo de un par de semanas. No hay como dejar que una novela duerma la paz de su tinta como para que en poco tiempo muestre lo que es.

Espero acertar si digo que ha usado usted la historia amorosa como una especie de molde que sostuviera lo que de verdad a usted le interesaba, es decir, el personaje y la pintura de ese lugar, de ese mundo. Ha usado usted un molde tradicional para un dulce nuevo. Por otra parte, no sé qué tiempo tiene usted para escribir, así que si digo que me ha parecido que todo se resolvía de una manera un poco precipitada tal vez solo estoy señalando las malas condiciones que tiene usted

para dedicar su tiempo a la escritura. Yo tengo el privilegio de que mi hermana Carmen crea una especie de convento trapeso alrededor de la sala en la que escribo y no permite que se me moleste de ninguna manera. Además, con los años he aprendido a tener paciencia y no terminar las novelas cuando los personajes empiezan a decirme que ya puedo dar la faena por acabada. Ese momento puede que sea el que más necesita de nuestra paciencia y es muy difícil, los dos lo sabemos.

Perdóneme, me he puesto a criticar y dar consejos como si tuviera algún derecho; estoy seguro de que no esperaba usted esta perorata cuando me escribió que tenía interés en conocer mi opinión. Le diré mi opinión en globo sobre la novela: me parece que grita a los cuatro vientos que quien la ha escrito sabe bien lo que se hace. Y que podemos esperar de esa pluma trabajos prodigiosos con el andar de los años, siendo ya tan brillantes los que he leído hasta ahora.

Y yo espero estar aquí para leer esas obras que vendrán y espero que pueda usted perdonar, por el aprecio que le tengo, el atrevimiento de estos juicios seguramente mal explicados.

Tenga la confianza de que mis palabras son guiadas por el aprecio que tiene a sus obras y a usted este amigo,

Que besa sus pies

BENITO PÉREZ GALDÓS

PD: Le mando a usted *Tormento*, un tomo bastante voluminoso que, como usted verá, pertenece a la serie de la cual el prólogo es *El doctor Centeno*.

MADRID, JUNIO DE 1884

MI QUERIDA AMIGA:

Le agradezco mucho sus palabras acerca de mi Amparito. He disfrutado escribiendo *Tormento*, como me ocurrió con *Cen-teno*. No solo porque, como usted, creo que vale la pena contar el asombroso mundo de las personas corrientes, sino porque, con la imaginación, que me funciona mejor que las piernas, he vuelto a ese Madrid de los años sesenta y me he sentido con veinte años menos. Y es que ya he cumplido los cuarenta, que sumados a que mi salud siempre ha sido poca y mala, me hacen añorar esos años en que recorría Madrid desde el Puente de Toledo hasta el final de la calle de Hortaleza, aquella puerta que llamaban de Santa Bárbara, donde quiso comenzar Cervantes su *Gitanilla*. Entonces ni me cansaba ni me daba cuenta del camino andado. Tanto he disfrutado con esos paseos de mi memoria que estoy pensando en continuar, en seguir los pasos de alguno de estos personajes. Estoy pensando en Rosalía, que se me vino a los ojos caminando por la galería del Museo del Prado. Ahí me llamó la de Bringas, desde uno de los cuadros de Rubens, y me dijo «Escríbame usted». Tal vez escriba una tercera novela de este paisaje y la llame *La de Bringas*.

Por cierto, que nunca hemos paseado juntos por el Museo del Prado. Le propongo a usted que sea ese el camino de nuestro próximo paseo, cuando caiga usted por Madrid. Aquí le espera hasta entonces su amigo verdadero,

Que besa sus pies

BENITO

1885



MADRID, PLAZA DE COLÓN, 2
ENERO 1885

QUERIDA AMIGA:

Se van amontonando los meses, y entre mis viajes y los suyos, mis trabajos y los suyos, mis achaques y esa energía suya que hace de usted pieza de rey en las reuniones de sociedad... el caso es que veo que se me ha escapado de Madrid sin vernos, por el remite de su última carta. Quizás este no encontrar tiempo para una conversación conmigo es una pena que me ha impuesto usted por no acercarme este pasado verano desde Santander a Galicia. Créame que lo pensé y que llegué a hacer planes de viaje, pero finalmente pudo más el afán de escribir algo que estoy terminando —y que me gustará mucho que usted lea—, además de esa ancla formidable que es mi amigo Pereda, que cuando voy a Santander se convierte en el punto de referencia de todo lo que hago. Por cierto, que he de confesar mis celos, amiga mía. En casa de mi viejo

amigo Pereda he visto un retrato de usted. Me ha dicho que se lo envió con un libro suyo. Y como desde niño, por criarme entre hermanas, he tenido siempre el privilegio de ser el más mimado, me he sentido derrotado por mi amigo. Entiendo su victoria, porque para mí es el gran escritor de España, pero tal vez no fuera mucho pedir el tener yo otro retrato suyo, a modo de premio de consolación.

Espera su pronto regreso a Madrid y algún rato para vernos, su amigo,

Que besa sus pies.

BENITO

PD: Cuénteme usted si ya ha terminado lo que estaba escribiendo. Me dijo que sería algo muy diferente a la *Tribuna* y me ha contado muy poco más. No se hace sufrir a un amigo de esta manera. Y cuénteme cosas de París.

MADRID, FEBRERO DE 1885

MI QUERIDA AMIGA:

Leo con pesar que no piensa usted volver a verme hasta el verano. Todo sea porque haya encontrado usted en París el lugar y las horas que necesita para escribir sus libros. Espero que sea así: orégano sea, como decía Sancho Panza. Con ese consuelo esperaré y me entretendré escribiendo. Que, por cierto, le confieso que cada vez me cuesta más.

Me menciona usted *La desheredada*. Parece que hace un siglo de eso. La publiqué en el 81, hace tres años, y no he parado. Pero desde *La desheredada*, cada día me detengo más en buscar cada palabra y cada frase. Cada día le doy más vueltas. Sería un insulto hacer hablar a la gente de la calle sin sus palabras verdaderas. Escribir es escuchar. Y tengo la sensación de que cada página que escribo me resulta más cuesta arriba que la anterior, porque a cada paso que doy me hago cargo de lo poco que sé de la vida, de la vida de verdad, la de esas personas a las que escucho por la calle, con cara de estar pensando en otra cosa. Por lo menos, de todo ese esfuerzo por mejorar se ha dado cuenta usted y se ha dado cuenta mi amigo Clarín. Y se ha dado cuenta, claro, un buen amigo de usted a quien yo admiro sobre todos los hombres de nuestro país. Me refiero a don Francisco Giner. Tengo un altísimo concepto de su manera de juzgar en literatura. Me animó mucho el aprecio que hizo de *La desheredada*. Él fue quien me animó a continuar mi manera de escribir por ese camino; sin su aliento no habría sido capaz de continuar.

De modo que tres grandes talentos de mi país aprecian *La desheredada* y el camino emprendido después. Para mí ya es bastante. Además, algo tiene que ver con esta ambición ese mundo que exploramos en tantas conversaciones, esos escritores rusos que está usted estudiando. Estoy deseando que vuelva usted de París con un baúl de libros nuevos para contármelos con esa alegría suya que lo llena todo.

Mientras tanto, he puesto en mi mesa su retrato, el que me mandó para curar mis celos del trato preferente recibido por Pereda. Es una muy buena fotografía porque en ella está verdaderamente usted. Los fotógrafos buenos consiguen eso, sacar el alma. Yo salgo en las fotografías con cara de tonto, como es natural, y usted aparece en ese retrato con esa electricidad formidable que tienen sus ojos, con ese gesto de atención que atesora una risa dispuesta a iluminar las conversaciones, con esa expresión de inteligencia que hace que cuando aparece en una sala ya no hay conversación que no espere el concurso de Emilia.

Le agradezco mucho el retrato, que me mira entre risueño y burlón, como preguntándome. ¿Eso es lo que has sido capaz de escribir en toda la mañana?

Espero verla pronto y pediré a mi librero que me tenga al tanto para cuando llegue su libro nuevo.

Espera, como siempre, sus palabras, su amigo,
Que besa sus pies

BENITO

MADRID, JUNIO DE 1885

MI QUERIDA AMIGA:

Sepa que mi intención era firme esta vez, y que además entraba en el plan de viaje. Pasé el mes de mayo viajando por Portugal con mi amigo Pereda. Hemos visitado Lisboa, Cintra, Coimbra y Oporto. Clarín y Palacio Valdés me habían invitado a Asturias, de modo que el paso por Meirás era lo más natural. Pero necesitaba sentarme a escribir. En estos días se me ha ido formando en la cabeza una historia que no puedo dejar, y yo no sé escribir a salto de mata, necesito el silencio de mi habitación. He llegado a Madrid y me he puesto a escribir sin parar, como si estuviera tomando notas al dictado. Durante los días de Coimbra y Oporto andaba con esto en la cabeza y me he puesto a escribir como un loco. Se llamará *Fortunata y Jacinta*. Ya le iré contando. Usted me entiende mejor que nadie y creo que me disculpará de no haberla visitado en su tierra de Galicia cuando le mande los primeros capítulos, que será pronto. En cuanto baje usted a Madrid, iré a verla y leeremos juntos lo que tenga escrito. Confía siempre en su mirada

Su amigo,

Que besa sus pies

BENITO